

DIARIO DE UN OPTIMISTA

EUROPA, ¡QUÉ NOVELA!

POR GUY SORMAN

«Creemos que nacemos franceses o españoles, pero nos convertimos en franceses o en españoles por una mezcla de educación, de presión social y de asimilación de mitos»



EN Europa, todos nos sentimos ciudadanos de una nación, y esta ciudadanía la llevamos en la sangre. Algunos creen que la llevamos en nuestros genes, lo cual es biológicamente imposible, pero aun así lo creen. Si somos miembros de la Unión Europea, la relación es, evidentemente, menos carnal y más cerebral. ¿Es esta Europa, que sufre nuestra indiferencia, más artificial y menos natural que la nación? Las dos, en realidad, son construcciones que han nacido de la historia, y las dos son comunidades imaginarias.

Creemos que nacemos franceses o españoles, pero nos convertimos en franceses o en españoles por una mezcla de educación, de presión social y de asimilación de mitos. Ciertamente es que la nación es más antigua que Europa, pero solo por un siglo o dos, que no es tanto, y la creación de Europa no obedece a una lógica esencialmente diferente a la de la nación. La nación, al principio, no es más que una federación de tribus reunidas de forma voluntaria o en contra de su voluntad por algún jefe autoritario; los sujetos que fueron sometidos al principio se han convertido en nuestra época en ciudadanos consentidores, gracias a la democracia. Si todos nos hemos convertido en «ciudadanos nacionales» es porque es ventajoso para nosotros: el Estado que, *grosso modo*, coincide con la nación nos proporciona la paz civil y una cierta solidaridad social.

La nación también nos da, y es importante, una cierta tranquilidad moral, ya que al participar en esta comunidad imaginaria nos sentimos menos solos y compartimos una historia, unos ritos y unos mitos colectivos. La nación es ante todo un mito compartido, pero, como dice Edgar Morin, los mitos son objetos reales: «Nuestro cerebro crea mitos que se apoderan de nuestro cerebro».

No es el caso de Europa, o no todavía. Paradójicamente, Europa es débil porque solo genera progresos reales, pero no crea ningún



mito. Si por lo menos se conociesen los progresos reales que ofrece esta Europa sería distinto, pero son poco conocidos. La paz en el continente, que era el primer objetivo y que ya se ha alcanzado, y la libertad de viajar, de estudiar, de trabajar y de intercambiar en todo este continente son algo que se da por sentado, un derecho adquirido definitivo. Pero no lo es. Es el resultado de unas negociaciones minuciosas y aburridas de las que poco se sabe.

Los actores de esta mecánica europea no son héroes, porque no nos llegan al corazón, solo producen algo concreto, y no nos hacen soñar. Y no tienen rostro. Solo hablan en nombre de Europa un banquero en Fráncfort y un comisario en Bruselas, cuya legitimidad produce escepticismo y cuyo vo-

cabulario es hermético. ¿Dónde está el «presidente de Europa», el polaco Donald Tusk? Cuando fue nombrado por los jefes de Estado y de Gobierno de los Estados miembros de la Unión Europea en 2014, Tusk parecía reunir todas las

Malestar
«El malestar europeo no es técnico, sino institucional, y es algo que los jefes de Gobierno que se reúnen cumbre tras cumbre, la última de ellas en Bratislava, no mencionan»

cualidades para representar a Europa, ya que era un antiguo luchador del movimiento Solidaridad en Polonia, fue un primer ministro liberal y había contribuido a la gran transformación de su país, que dejó de ser una dictadura pobre y se convirtió en una democracia relativamente próspera, gracias a su entrada en Europa y a las enormes ayudas que los polacos han recibido de esta. Pero a Tusk no se le oye, es invisible, aunque creo que esto no se le puede achacar a él, sino a su falta de legitimidad democrática. ¿Quién le hizo rey y por qué?

Y así llegamos a la causa del malestar europeo: Europa es una comunidad de sujetos, no una comunidad de ciudadanos. Las únicas elecciones europeas en las que participamos, las del Parlamento, cada cinco años, no son muy ejemplares porque votamos a escala nacional para enviar a unos representantes de partidos nacionales a un Parlamento supuestamente europeo. Estos candidatos a veces son antieuropeos o rara vez se presentan para defender posturas claras sobre Europa. Del mismo modo, como no participamos en el nombramiento del presidente del Consejo Europeo, nadie considera que represente a algo o a alguien.

El malestar europeo, por tanto, no es técnico, sino institucional, y es algo que los jefes de Gobierno que se reúnen cumbre tras cumbre, la última de ellas en Bratislava, no mencionan. Sin embargo, las modificaciones que hay que realizar –más fáciles sin los británicos– para crear una Europa de ciudadanos no serían radicales; bastaría que el Parlamento europeo se eligiese en una sola circunscripción electoral, Europa, con unas listas europeas y unos candidatos europeos, y estos, por tanto, solo serían elegidos si obtuvieran suficientes votos en todos los países miembros simultáneamente. Este Parlamento estaría entonces legitimado para elegir a su vez a un Gobierno europeo.

Evitemos el presidencialismo que conduce a la demagogia y al autoritarismo. Europa, al emprender esta senda, empezaría a convertirse en una epopeya colectiva. Cuando esa Europa engendre a su Víctor Hugo o a su Cervantes, se convertirá en una comunidad imaginaria real.